

ALFONSO MÚNERA

Favor no escribir ni subrayar
los libros y revistas Gracias
Sistema de Bibliotecas
UNIVERSITARIAS

FRONTERAS IMAGINADAS

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS RAZAS Y DE LA
GEOGRAFÍA EN EL SIGLO XIX COLOMBIANO

intelectuales caribeños, siguen ejerciendo una desconsoladora influencia sobre los destinos de la cultura nacional. No obstante, en las tres últimas décadas del pasado siglo un movimiento vigoroso de reafirmación de la identidad desde abajo, desde lo popular, ha traído a la escena con un vigor inusitado la herencia afroamericana e indígena de los pueblos costeros. Todo parece indicar que, en contravía de la nación predicada desde los celebrados ensayos de Caldas, y adoptada por las élites interioranas y costeras, sólo aferrándose a sus propios proyectos de nación, fundamentados en una larga historia de resistencias, que por fortuna comienza a reconstruirse, negros, indios y castas pobres en general superarán el profundo trauma colectivo de las costas colombianas y de otros territorios: el de pueblos enseñados, por una larga tradición, a despreciarse.

PANAMÁ: ¿LA ÚLTIMA FRONTERA?

—No veo más que negros —murmuró Germaine, mientras el buque maniobraba aún y, desde lo alto de la cubierta de pasajeros, veía acercarse lentamente un muelle en el que aguardaban dos filas de descargadores negros.

Y su marido murmuró:

—¡Naturalmente!

—¿Por qué naturalmente? Ya que estaban a la entrada del canal de Panamá, o sea, en Centroamérica, ¿no deberían haber visto indios?¹

DIÁLOGO INICIAL DE LA GRAN NOVELA DE GEORGES SIMENON, *BARRIO NEGRO*, ESCRITA EN 1934-1935

El 3 de noviembre de 1903, Panamá declaró su independencia de Colombia, con el apoyo decidido del gobierno estadounidense. Ese día, ocho acorazados norteamericanos se encontraban estacionados en los océanos Atlántico y Pacífico bajo las órdenes del vicealmirante Coghlan y el almirante Glass. El general colombiano Rafael Reyes, al frente de una pequeña comitiva destinada a persuadir a los rebeldes de la conveniencia de volver al regazo de la madre patria, no pudo pisar Panamá, y preocupado escribió al presidente aconsejándole mucha prudencia, para evitar así que 40 barcos de guerra norteamericanos se tomaran, además de Panamá, las ciudades de Medellín y Cali². La guardia colombiana en

1. Georges Simenon, *Barrio negro*, Barcelona, Tusquets Editores, 1996.

2. Informes de Rafael Reyes al gobierno nacional, 22 y 23 de noviembre, y 4 de diciembre de 1903, en Ministerio de Relaciones Exteriores, *Libro Azul. Documentos*

Panamá había sido comprada una semana antes³. Un par de días después de haberse enterado de la separación de Panamá, el presidente encargado de la república de Colombia, José Manuel Marroquín, un anciano muy respetado, entre otras cosas, por haber escrito una poesía titulada «La perrilla» y una novela con el nombre de *El Moro*, acerca de la vida de un caballo en las sabanas de Bogotá, se encontraba inmerso en la apacible lectura de una novela de amor de Paul Bourget, en el instante en que irrumpió en el saloncito de lectura el general Pedro Nel Ospina a proponerle la declaratoria de guerra a los insurgentes⁴.

La noticia cayó como un rayo para la mayoría de los colombianos, que poco o nada sabían de las cosas que pasaban fuera de los límites de su localidad. Sin embargo, para aquellos que, por una u otra razón, habían seguido de cerca en los últimos cinco años las vertiginosas transformaciones que tuvieron lugar en el mar de los caribes el «I took Panama» de Teodoro Roosevelt, el presidente cazador de tigres, era un resultado apenas previsible.

Pero, ¿por qué era previsible? ¿Qué había pasado antes? ¿Cómo se asumió en Colombia semejante acontecimiento? Tales, y apenas obvias, preguntas han sido rodeadas, extrañamente, de la más persistente forma de silencio y trivialización que asunto alguno haya sufrido en la historiografía colombiana. Me propongo discutir este tema alrededor de dos aspectos centrales: a) la separación de Panamá como expresión simbólica de la construcción de una nación imperial en Estados Unidos; b) la separación de Panamá como metáfora del fracaso en la construcción de la nación colombiana.

PANAMÁ COMO COROLARIO DE LA GUERRA HISPANOAMERICANA DE 1898

En 1524, tan sólo 32 años después del arribo de Colón y sus marinos a tierra americana, Hernán Cortés le escribió una carta a Carlos V, en la cual le decía que la unión del Atlántico con el mar del Sur «valía más

diplomáticos sobre el canal y la rebelión del istmo de Panamá, Bogotá, Imprenta Nacional, 1904, pp. 376-385.

3. David Howarth, *Panamá. Four Hundred Years of Dreams and Cruelty*, Nueva York, McGraw Hill Book Company, 1966, pp. 228-232.

4. Eduardo Lemaitre, *Panamá y su separación de Colombia. Una historia que parece novela*, Bogotá, Banco Popular, 1971, p. 589.

que la conquista de México». Cinco años más tarde, Álvaro de Saavedra, cumpliendo órdenes de Carlos V, levantaba los planos de un canal por Panamá, mientras Pedrarias y Antonelli hacían lo propio para otro por Nicaragua, y el adelantado Andagoya formulaba un presupuesto de la obra y tomaba las medidas del río Chagres, que habían de utilizar, siglos después, franceses y norteamericanos⁵.

Así de temprana y de persistente, como que duró cuatro siglos, fue la preocupación de los imperios europeos y de las naciones modernas por construir el canal interoceánico. Tres siglos después de Cortés, y aún en medio de las batallas finales de la independencia, el Libertador Bolívar soñaba con congresos continentales en Panamá y daba instrucciones para propiciar la obra del canal.

En el siglo XIX, la obsesión por el encuentro de los dos océanos no fue sólo de Bolívar. Fue también una prioridad de la política exterior de los funcionarios del imperio inglés, y posteriormente sería motivo de una cruzada nacional en Francia y origen de uno de sus mayores descabros; pero, sobre todo, dicha obsesión estaba en la mente de los gobernantes estadounidenses, quienes, hasta la guerra civil provocada por la secesión de los estados del sur, en 1861, defendieron una política de neutralidad absoluta con respecto al canal. Es decir, la idea de que ningún gobierno, incluido el de ellos, podía controlar exclusivamente el funcionamiento de un canal interoceánico en territorio americano⁶.

Sin embargo, como escribiría en 1900 con mucha lucidez Antonio José Uribe, ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, «El fin de la guerra de Secesión marcó el principio de una nueva orientación en la política americana a propósito del canal»⁷. En efecto, en 1869 el presidente de Estados Unidos, Ulises Grant, expresó por primera vez la

5. Antonio José Uribe, *Colombia, Estados Unidos y Panamá*, Bogotá, 1931, pp. xv y xvi; Carl Orwin Sawyer, *The Early Spanish Main*, Berkeley, University of California Press, 1966, p. 279.

6. Alfred T. Mahan, «The Isthmus and Sea Power», in *The Interest of America in Sea Power, Present and Future*, Boston, Brown and Company, 1897, pp. 91-93.

7. Uribe, *op. cit.*, p. XIX. Los ensayos recogidos en esta obra del exministro Uribe son en su conjunto, quizás, la mejor aproximación al drama de la política colombiana durante la negociación del canal y, además, traen un magnífico recuento sobre la historia de la política norteamericana hacia la construcción de un canal interoceánico.

fórmula que tomaría cuerpo a finales del siglo: «Un canal americano, en el suelo americano, que perteneciese al pueblo americano». Y en marzo de 1880 el presidente Hayes, en su mensaje al Congreso, diría categóricamente lo siguiente:

La política de este país quiere un canal bajo el control americano. Los Estados Unidos no pueden consentir en abandonar ese control a ninguna potencia europea, ni a una combinación de potencias europeas... Un canal interoceánico al través del istmo americano cambiaría de manera esencial las relaciones geográficas entre las costas del Atlántico y del Pacífico de los Estados Unidos y el resto del mundo. El canal llegaría a ser la gran ruta oceánica entre sus costas del Atlántico y las del Pacífico, y formaría virtualmente una parte de la frontera marítima de los Estados Unidos... es el derecho y el deber de los Estados Unidos afirmar y mantener dicho control y una autoridad superior tal sobre cualquier canal interoceánico que atravesase el istmo americano, porque es el único medio de proteger realmente nuestros intereses nacionales⁸.

La profunda crisis económica y social sufrida por Estados Unidos a finales de 1880 detuvo por más de una década los planes expansionistas de sus gobernantes y produjo con respecto al canal un retorno al viejo principio de la neutralidad absoluta... pero sólo hasta 1898. La intervención en la guerra hispanoamericana trajo consigo un cambio radical en la política oficial norteamericana, hasta el punto de que después de 1898 Panamá sería un escenario cada vez más importante en la geopolítica del Caribe.

Al comentar en un artículo de prensa publicado en 1900 la derrota de España por parte de Estados Unidos y la posesión de Cuba por los norteamericanos, el excanciller Uribe decía lo siguiente:

Las tendencias del partido imperialista de los Estados Unidos, hoy dueño del gobierno, justifican los temores que manifestábamos al principio de la guerra hispanoamericana, en el sentido de que, después de España, los principales amenazados somos nosotros, por la excepcional situación de nuestro territorio⁹.

8. *Ibid.*, pp. xx-xxi.

9. *Ibid.*, p. xxvi. La anterior afirmación apareció en una serie de artículos que el exministro Uribe escribió entre 1898 y 1899 sobre la guerra hispanoamericana y sus con-

Y no era para menos. El presidente William McKinley, en la euforia del rápido triunfo sobre España, y con la nación unida por primera vez desde la guerra de Secesión, en su mensaje del 7 de diciembre de 1898 le hablaba al mundo en los siguientes términos:

La construcción de un canal interoceánico es hoy más que nunca indispensable para la comunicación pronta y rápida entre nuestras riberas orientales y occidentales... nuestra política nacional exige ahora más imperiosamente que nunca que dicho canal sea dominado por nuestro gobierno¹⁰.

¿Por qué resultaba tan urgente para Estados Unidos el canal, apenas unos meses después de la guerra de 1898? Hay varias razones que explican por qué este pedazo de tierra que era el istmo centroamericano, habitado en su mayor parte por gentes muy pobres, se convirtió en el centro de las preocupaciones de la política exterior estadounidense.

En primer lugar, al ocupar estratégicamente a Cuba y Puerto Rico en el Caribe, y tener a Guam y las Filipinas en el Pacífico oriental, el istmo, ese pedacito de territorio alargado, era el obstáculo para las comunicaciones y el control rápido de las nuevas posesiones del joven imperio. En este sentido, la guerra del 98 había sido el mejor escenario para comprobar las tesis del almirante estadounidense Alfred Mahan, quien sostuvo a principios de la década de 1890 que el control sobre el istmo y la construcción del canal eran el gran objetivo militar y económico de Estados Unidos de América. En dicha conflagración, el barco de guerra Oregon había demorado cerca de 60 días para navegar desde su base militar en el estado de Washington hasta La Habana. Con el canal habría bastado la mitad del tiempo para hacer el mismo recorrido¹¹.

secuencias, en los cuales planteó con extraordinaria lucidez los motivos de la expansión imperial norteamericana y vaticinó su intervención en el territorio colombiano. En 1931, Uribe sostuvo que «en el mes de mayo de 1898, a raíz de la declaración de guerra de los Estados Unidos contra España, casi toda la prensa de Colombia, especialmente la de la capital, aplaudía la actitud de los Estados Unidos». En Uribe, p. xxv.

10. *Ibid.*, p. xxiii.

11. Acerca de la importancia de Alfred Mahan y el desarrollo de la fuerza naval de Estados Unidos antes e inmediatamente después de la guerra hispanoamericana, ver William E. Livezey, *Mahan on Sea Power*, University of Oklahoma Press, 1981, especial-

En segundo lugar, la victoria sobre España fue, en especial, el triunfo en toda su extensión de aquellos sectores que tanto habían luchado internamente para que Estados Unidos abandonara de una vez por todas sus escrúpulos aislacionistas. En particular, significó el reconocimiento de los intereses económicos de la poderosa nación, indisolublemente ligados ahora a la búsqueda frenética de nuevos mercados, a la participación en la competencia mundial por esos mercados¹². En este contexto, el canal se convertiría en la ansiada y poderosa palanca que movería el comercio mundial a favor de la industria y de los capitales norteamericanos; en otras palabras, sobre él recaería la responsabilidad del progreso mismo de la nación. De modo que gracias al canal, Estados Unidos podría competir con Inglaterra y Francia, por ejemplo, por el control de las naciones del Pacífico centro y suramericano. Para principios del siglo XX, las transacciones inglesas superaban a las estadounidenses en una proporción de tres a una. Sólo una sexta parte de las exportaciones de Suramérica se dirigía a los mercados estadounidenses, en tanto que la quinta parte de sus importaciones provenía de la nación del norte. Con la construcción del canal interoceánico, sin embargo, Nueva York estaría 4.640 kilómetros más próxima que Liverpool de los puertos suramericanos de Guayaquil, El Callao y Valparaíso. Pero, a pesar de la sin duda enorme importancia de los mercados suramericanos y de sus potenciales

mente los capítulos IV y XI, y Chester G. Hearn, *United States Navy*, Londres, Salamander Books, 2003, pp. 116-134. Sobre la importancia estratégica del istmo centroamericano ver Alfred T. Mahan, «The Isthmus and Sea Power», pp. 59-104. Este ensayo de Mahan sobre el istmo y el poder marítimo se publicó primero en 1893 en *The Atlantic Monthly Review*, y es clave para entender el papel esencial que este estratega le adjudicaba al Caribe y a la construcción del canal en su teoría imperial. Igualmente importante para comprender cómo era una prioridad militar el control del Caribe y del canal es la lectura de su otro ensayo, «Strategic Features of the Gulf of Mexico and the Caribbean», en *Mahan on Naval Warfare. Selections from the Writings of Rear Admiral Alfred T. Mahan*, Boston, Little, Brown and Company, 1942, pp. 100-112, publicado inicialmente en *Naval Strategy, Compared and Contrasted with the Principles and Practice of Military Operations on Land*, 1909.

12. Mahan tenía perfectamente claras las ventajas comerciales que se derivarían de la construcción del canal interoceánico, en especial las que pondrían a Estados Unidos en una situación más favorable que Inglaterra para el comercio con las costas del Pacífico. Ver «The Isthmus and Sea Power», pp. 85-86; Howard Zinn, *A People History of the United States*, Nueva York, Harpers Perennial Edition, 1995, pp. 290-313.

riquezas en recursos naturales, la mirada de Estados Unidos estaba puesta en el Lejano Oriente. China, en especial, era la gran presa detrás de la cual iban todos estos cazadores desenfrenados. Para Estados Unidos, por tanto, reducir la distancia que separaba el este industrial del mar Pacífico era de vida o muerte¹³.

Las motivaciones económicas y militares se han subrayado para explicar la intervención de Estados Unidos en Panamá, por lo demás solicitada por la élite panameña. Y, sin duda, desempeñaron un papel crucial en este lastimoso episodio, con el cual se abrió el nuevo siglo americano. Sin embargo, hay un tercer aspecto, del cual poco se habla hoy, no obstante su extraordinaria influencia en la recodificación del sentido mismo de nación que estaba en marcha a finales del siglo XIX en Estados Unidos. Además, indispensable para una discusión sobre las causas y el impacto de la separación de Panamá en la república de Colombia. Ese tercer aspecto, digámoslo así, pertenece al terreno de la ideología, de las mentalidades o, en fin, de la cultura. Me refiero a la reformulación del concepto de frontera, pieza clave del mundo mental, gracias al cual los estadounidenses se han explicado su propia historia, y construyeron, en la segunda parte del siglo XIX, en lo más hondo de sus crisis sociales, su sentido contemporáneo de nación.

En un trabajo clásico de la historiografía norteamericana, «The Significance of the Frontier in American History», escrito para ser leído en la reunión anual de la Asociación de Historiadores Estadounidenses de 1893, su autor, el historiador Frederick Jackson Turner, sintetizaba el pesimismo intelectual, propio de la profunda crisis de la década de 1890¹⁴. Según Turner, el cierre de la frontera, entendida ésta como los

13. Sobre el canal del istmo como herramienta clave para ganar control sobre el Pacífico y Asia, ver Livezey, *Mahan on Sea Power*, pp. 206-223; Zinn, *A People History*, pp. 293-296; Mahan, «The Isthmus and Sea Power», pp. 85 y 86, 99 y 100.

14. Frederick Turner, «The Significance of the Frontier in American History», in R. A. Billington (ed.), *Selected Essays of Frederick Jackson Turner: Frontier and Section*, Englewood Cliffs, 1961. Con este ensayo de Turner, el concepto de frontera adquirió una connotación central en la historia estadounidense, y generó un mito de extraordinario poder en la creación misma de la idea de la nación en Estados Unidos, en el momento crucial de su expansión imperial. Pese a que sigue teniendo una gran influencia en la manera como perciben su propia historia una buena parte de los norteamericanos, la tesis de Turner sobre el papel de la frontera ha sido sometida a continuas críticas desde las

grandes espacios libres de las praderas, era la causa de la gran tragedia de finales de siglo en Estados Unidos. No había más tierras míticas del oeste para asimilar a los inmigrantes. Y el deterioro de la nación era evidente porque la frontera era para Turner el espacio ideal que había cumplido dos funciones centrales para la historia norteamericana, la primera de ellas de válvula de escape. Estados Unidos había logrado siempre superar los grandes problemas sociales, gracias a esa frontera que recibía el excedente humano, que llegaba por cientos de miles, después de mediados de siglo. Los inmigrantes europeos, en especial los procedentes del sur y del este de Europa, recibían el influjo benéfico de las tierras libres de América y aprendían el nuevo sentido de la libertad y de la igualdad.

La segunda misión de la frontera era quizás la clave de todo el asunto. La frontera era, según Turner, el laboratorio de la democracia. Ella, el corazón de la gran democracia norteamericana, había formado el carácter de la nación, en particular las virtudes del individualismo, del trabajo duro, del optimismo y de la creatividad, la desconfianza en la intervención del gobierno y la creencia en la autoformación de las personas. La mítica frontera, pues, permitía además el renacimiento perenne de Estados Unidos. Era para Turner, tal como sostiene Alistair Hennessy, la fuente de la eterna juventud en la cual América se bañaba

ya conocidas de Richard Hoffstaster, en su libro *The Progressive Historians*, Londres, Jonathan Cape, 1969, pp. 84-151. Recientemente, una nueva generación de historiadores, cuyo centro de trabajo es la historia del oeste norteamericano, ha procedido a desmontar el mito de la frontera creado por Turner. Patricia Nelson Limerick, por ejemplo, ha escrito que «Turner fue, dicho de la manera más suave, etnocéntrico y nacionalista». Y ha señalado que la historia del oeste es sobre todo la historia de unos territorios sometidos por los métodos de la conquista, y que ésta no sólo implica la lucha por los bienes materiales, sino también la lucha por el dominio cultural. «La conquista —dice— significa también la lucha alrededor de los lenguajes, las culturas y las religiones». Patricia Nelson Limerick, *The Legacy of Conquest. The Unbroken Past of the American West*, Nueva York, W.W. Norton and Company, 1987, ver especialmente pp. 17-32. Por su parte, Susan Johnson ha mostrado en un libro reciente la conquista del oeste como el conflicto de distintos grupos humanos, diferenciados por la raza, por el género y por la clase a la que pertenecían. En particular ha descrito con cierta eficacia el proyecto de hegemonía cultural de los americanos blancos sobre los otros pobladores del oeste, implícito en la conquista de la frontera. Susan Lee Johnson, *Roaring Camp. The Social World of the California Gold Rush*, Nueva York, W.W. Norton and Company, 2000.

continuamente y rejuvenecía¹⁵. En síntesis, «La democracia americana —decía Turner— es fundamentalmente el resultado de la experiencia del pueblo americano en su relación con el oeste»¹⁶.

En 1890 la frontera se había cerrado, concluía este austero historiador de la Universidad de Wisconsin. De modo que los millones de inmigrantes que llegaban todos los años se hacinaban en las ciudades, sin que la democracia estadounidense pudiera ofrecer nada distinto de la contemplación de su propia destrucción. Porque en las ciudades crecían los sindicatos, el clientelismo de los políticos inmigrantes, los partidos revolucionarios, pero no los auténticos valores de la nación. En fin, era la nación la que se destruía, simple y llanamente porque no había más territorios que conquistar; aquí, pues, estaba la clave de la crisis. En medio de una larga depresión económica y del crecimiento peligroso de una inmigración que requería ser controlada, se imponía la necesidad de abrir simbólica y materialmente otra vez la frontera.

No es pura coincidencia que el artículo de Alfred Mahan «The Isthmus and Sea Power», en el cual plantea que el canal interoceánico era el objetivo central de Estados Unidos, apareciera en la prestigiosa revista *Atlantic Monthly*, a fines de 1893, o sea, el mismo año en que Frederick Turner había leído su famoso texto¹⁷. El descubrimiento de los teóricos de la expansión estadounidense de finales del siglo XIX estribó en percibir que los fragmentos de una nación de inmigrantes, y de diversos grupos raciales y étnicos, que no acababa de cicatrizar las heridas de una guerra interna brutal, con una crisis económica pavorosa, con un creciente descontento entre las masas de trabajadores y desempleados, no podían

15. Alistair Hennessy, *The Frontier in Latin American History*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1978, p. 7. Pese a que su visión de Latinoamérica resulta muchas veces simplista y dictada por estereotipos y prejuicios etnocéntricos de moda en la historiografía más conservadora de Estados Unidos y de Inglaterra en la década de los años setenta, Hennessy utilizó por primera vez la tesis de Turner para establecer un análisis comparativo del uso del concepto de frontera en Estados Unidos y en Latinoamérica. Al hacerlo, su libro tiene notables aportes a la reflexión de este fascinante tema. El profesor Hennessy fue durante varios años director de The School of Comparative American Studies at the University of Warwick, Inglaterra.

16. Turner, «Contributions of the West to American Democracy», en Billington, *Selected Essays*, p. 95

17. Ver sobre Alfred Mahan la cita número 11.

juntarse sino a partir de la construcción de un nuevo concepto de nación. Una nueva narrativa del poder. Si el oeste se había cerrado, entonces, en «el destino manifiesto», en la obra del «pueblo elegido por Dios», había que encontrar otra frontera¹⁸. Así pues, el resultado fue que, en la geografía mental que se les propuso a los ciudadanos estadounidenses, la nueva frontera sobre la cual había que lanzar todas las energías de la nación estaba ahora en el Caribe y su centro sería muy pronto situado en Panamá. Poseerla, utilizo el término con plena conciencia de sus connotaciones libidinosas (Roosevelt, por ejemplo, miraba a los colombianos como un pueblo de afeminados), constituyó la principal prioridad de Estados Unidos. En realidad, esta idea tomó cuerpo en la guerra de 1898 y es, quizás, desde el punto de vista de la experiencia estadounidense como nación, su consecuencia más importante. Y lo es porque no bastaba con apoderarse de las Filipinas, Puerto Rico y Cuba, y proclamar estrepitosamente una victoria en la que pocos días después los periódicos llamaban despectivamente «la pequeña guerra». En el ámbito simbólico había que destruir una tradición arraigada en el espíritu norteamericano, pertrechado detrás de sus fronteras territoriales, siempre temeroso de la intromisión de las potencias europeas. La simple y descarnada realidad expansionista habría sido imposible de aceptar por un pueblo acostumbrado a pensarse a sí mismo como el enviado por el Señor para construir en el vasto territorio de Norteamérica la democracia y la justicia humana. El presidente McKinley, por ejemplo, contaba que, victorioso de la guerra en Cuba, sólo tomó la decisión de autorizar la toma imperial de Filipinas por parte de Estados Unidos después de una noche de terribles dudas, en la cual recibió un mensaje de Dios¹⁹.

18. W.A. Williams, en su obra clásica, desarrolla esta relación entre la conquista y el cierre de la frontera y la nueva política imperial norteamericana. Ver *The Rise of the Modern American Empire*, Nueva York, 1969.

19. Howard Zimm narra en *The People History*, (pp. 305-306), la entrevista del presidente McKinley con un grupo de ministros religiosos norteamericanos, en la cual él les explica como llegó a la decisión de tomarse las Filipinas. «La verdad —dice— es que yo no quería las Filipinas, y cuando ella vino a nosotros, como un regalo de los dioses, yo no sabía qué hacer con ellas... busqué consejo de todos los lados —demócratas y republicanos— pero obtuve muy poca ayuda. Yo pensé que primero tomaríamos Manila; entonces Luzón, entonces las otras islas, quizás, también. Yo caminaba por los pasillos de la Casa Blanca noche tras noche hasta la medianoche; y no me avergüenza contarles

La guerra hispanoamericana de 1898 y la consecuente posesión física, imperial, de territorios fuera de sus tradicionales fronteras exigía entonces una reconstrucción radical de su sentido de nación. Eso se logró con la creación de una nueva frontera marítima, cuyo centro simbólico se situaría finalmente en Panamá. De ese modo, los intereses económicos, políticos y militares encontraban una convincente racionalización en un nuevo imaginario, fácilmente asimilable por el ciudadano medio norteamericano. La intervención en Panamá, cinco años más tarde, y la posterior construcción del canal, después del fracaso estrepitoso de los franceses, es decir, de los europeos, fue todo un símbolo de la consolidación de la nación, de la nueva nación construida a partir de 1898.

En efecto, después de acabar en 1898 con lo que restaba de la otrora poderosa España, todo el poder del joven imperio se concentraría en el istmo centroamericano, su nueva frontera, y difícilmente se detendría. Había sólo un problema, aunque a fin de cuentas un problema menor, y éste consistía en que el sitio finalmente elegido para construir el canal interoceánico tenía ya un dueño²⁰. Le pertenecía en aquel momento a Colombia, una república suramericana cuyo principal atributo, al igual que el de otras repúblicas vecinas, radicaba en la proverbial facilidad con la cual su gente terminaba matándose entre sí, apenas con brevísimos intervalos de paz²¹.

a ustedes, señores, que me puse de rodillas y le recé al Dios todopoderoso en más de una noche, en busca de luz y de guía. Y una noche tarde la luz vino a mí de esta manera —no sé cómo vino, pero vino—: 1) Que nosotros no se la regresaríamos a España. Esto hubiera sido cobarde y poco honroso. 2) Que no podíamos dárselas a Francia o a Alemania, nuestros enemigos comerciales en el Oriente. Esto hubiera sido un mal negocio y nos hubiera desprestigiado. 3) Que no podíamos dejárselas a ellos (los filipinos) —ellos eran incapaces de asumir su propio gobierno— y muy pronto hubieran padecido la anarquía y el desgobierno, de peor manera que bajo España. 4) Que no nos quedaba a nosotros nada más por hacer que tomarlas todas y educar a los filipinos, y elevarlos de su actual condición, civilizarlos y cristianizarlos, y con la gracia de Dios hacerles el mayor bien posible, como seres humanos que son por quien Cristo también murió. Y entonces yo me fui a la cama y me dormí, y dormí profundamente».

20. Ver el fascinante relato de David Howarth sobre cómo los defensores de la vía por Panamá lograron la victoria sobre el proyecto de Nicaragua, además de un relato extraordinario sobre la construcción del ferrocarril y del fracaso de Lesseps, en Howarth, *Panamá*, pp. 172-244.

21. El de 3 de enero de 1882 el presidente Rafael Núñez publicó en un periódico de la capital uno de sus artículos de prensa más celebrados, en el que hacía una des-

La frontera marítima no sólo tenía dueño, sino que además estaba habitada desde mucho tiempo atrás. La experiencia de su expansión al Caribe le había representado a Estados Unidos tener que plantearse entre otros el problema de cómo incorporar la población conquistada a su sentido de nación. El presidente McKinley había señalado muy claramente, en relación con los filipinos, el carácter civilizador de la conquista: no se podría entregarles el gobierno de las Filipinas a sus habitantes, una vez derrotada España, antes de proceder a civilizarlos. La misión civilizadora justificó también la toma de Cuba y Puerto Rico. Tomarse

cripción del estado permanente de guerra en el que había vivido la república a lo largo del siglo XIX. Por su importancia considero útil reproducir de manera completa dicha descripción: «Desde 1860, en que tuvo comienzo la lucha de los dos antiguos partidos nacionales, lucha que terminó, como es sabido, por el triunfo completo del liberalismo a principios de 1863, la república no había, hasta ahora, gozado de un período presidencial en completa paz.

»De 1864 a 1866 hubo tres revoluciones: una en Cundinamarca, otra en el Cauca y otra en Panamá.

»De 1866 a 1868 hubo el golpe de Estado del general Mosquera, la contrarrevolución encabezada por el general Acosta y varios trastornos locales relacionados con esos dos sucesos.

»De 1868 a 1870 hubo una revolución en Cundinamarca y otra en Panamá.

»De 1870 a 1872 hubo una o dos revoluciones en Boyacá y otra en Cundinamarca.

»De 1872 a 1874 hubo una serie de trastornos en Panamá, y grande agitación en Boyacá.

»De 1874 a 1876 hubo agitación y trastornos en toda la república.

»De 1876 a 1878 hubo guerra civil general.

»De 1878 a 1880 hubo trastornos en Panamá, Antioquia, Cauca, Magdalena y Tolima y agitación general.

»Desde 1880 el país se encuentra en atmósfera de perfecto sosiego.

»En la época anterior a 1860, y después de la disolución de la antigua Colombia, hubo seis períodos constitucionales, de cuatro años cada uno. En esos seis períodos sólo se gozó de paz completa en el de 1845 a 1849 y en parte del de 1853 a 1857, en que estuvo encargado del gobierno nacional el vicepresidente Manuel María Mallarino (de 1855 a 1857).

»En el curso de los 40 años escasos que llevamos de vida política desde 1832, el mantenimiento del orden público ha sido, pues, la excepción, y la guerra civil, la regla general». Habría que agregar que, pese al optimismo de Núñez de lograr la paz, el país vivió tres guerras civiles generales en los últimos quince años del siglo, además de otros disturbios regionales: las guerras de 1885, de 1895, y la peor de todas, la de 1899, conocida como guerra de los Mil Días. Ver Rafael Núñez, *La reforma política*, Cartagena, 1994, pp. 67-68.

Panamá y construir el canal aparecería en el horizonte del nuevo siglo como la realización de los ideales de la frontera expuestos por Turner, pero también como el objeto de la nueva representación imperial de una nación que se creía al servicio de Dios y de la humanidad en su función de difundir ahora la civilización más allá de sus fronteras territoriales, en sus nuevas fronteras marítimas. La construcción del canal se celebraría como el gran triunfo de la raza civilizadora y como una de las enormes contribuciones al progreso de los seres humanos.

PANAMÁ COMO METÁFORA DEL FRACASO DE UN MODELO DE NACIÓN

Cuando el presidente Hayes anunció en 1880, por primera vez, que el canal haría parte de la frontera marítima de Estados Unidos, Colombia acababa de salir de una guerra civil religiosa de terribles connotaciones y se aprestaba para la próxima; su red de ferrocarriles no alcanzaba los 300 kilómetros cuadrados; la miseria pública amenazaba con devorar el país, y don Miguel Antonio Caro, su intelectual más celebrado, se dedicaba a escribir un tratado sobre el participio pasado y había escrito una gramática latina, en una capital remota y de difícil comunicación con el mundo²². En 1880 Panamá era también, para los políticos colombianos, y por supuesto para su más distinguida intelectualidad, una tierra de frontera, y lo seguiría siendo en 1901, después de que Estados Unidos se apoderó de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, y concentró todo su interés en Panamá como centro del mundo, y aún lo era en noviembre de 1903, cuando finalmente los miembros del alto gobierno, recién terminada otra de sus tantas guerras, se levantaron con la noticia de que, apoyados por el señor Roosevelt, los panameños se habían separado de Colombia.

22. Para una descripción del atraso y del estado de postración de Colombia en la década de los años de 1880, ver el relato de un contemporáneo, Federico Aguilar, *Colombia en presencia de las repúblicas hispanoamericanas*, 1884, reimpresión del Banco de la República de 1882. El dato sobre los ferrocarriles aparece en la página 107. En su discurso de posesión como presidente de la república en 1880, el doctor Rafael Núñez diría: «La formidable calamidad de la miseria pública se aproxima, pues, a nuestros umbrales». Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia* (Bogotá, 1910), Bogotá, 1930, p. 692.

Ahora bien, ¿qué clase de frontera era Panamá para las élites del interior de Colombia? ¿Cumplían las fronteras colombianas a finales del siglo XIX y principios del XX el mismo papel mítico asignado por Estados Unidos a las suyas? ¿Encarnaban el progreso, la democracia, el reto a la construcción de un individuo? ¡Por supuesto que no! Estas fronteras tenían otro significado, determinado, entre otras cosas, por una extraña y fascinante geografía mental, que le había permitido a la élite intelectual, conservadora y liberal, consolidar la vieja idea de un centro andino, rodeado de tierras marginales o fronterizas. En efecto, la capital y otras pocas ciudades de los Andes funcionaban como centros simbólicos de una nación que había sido diseñada con los elementos de una tradición aristocrática y religiosa, pero por completo de espaldas a una geografía mundial que, paradójicamente, convertía en centros internacionales lo que los colombianos siempre tuvieron como fronteras marginales y símbolos de lo inferior, tal como sucedería con Panamá. Esta era la esencia de la nación que se proponía, bajo el pensamiento escolástico construido desde la Colonia, en los finales del siglo XIX, y de algún modo también la esencia de su fracaso.

En efecto, en el atormentado primer siglo republicano no fue posible imaginar una nación que le diera cabida a la inmensa mayoría de los colombianos. Sin duda que la pobreza heredada de los tiempos coloniales conspiró contra los esfuerzos por dotar de unidad una geografía tan vasta y tan fragmentada. Y no les falta razón a quienes piensan que la ausencia de un mercado interior sólido y el escaso crecimiento de la industria, el comercio y las comunicaciones imposibilitó la formación de un Estado nacional fuerte, de tal modo que las guerras civiles y el poder arbitrario de los caudillos regionales fueron una constante ante la ausencia de un poder central que monopolizara la fuerza. Pero todas estas circunstancias económicas y políticas explican sólo en parte las dificultades del proceso de formación de una nación en Colombia. Es necesario mirar otro elemento, ligado íntimamente en su evolución a los anteriores y cuya importancia es hoy innegable. Me refiero al proceso mismo de imaginarse la nación, en una sociedad escindida, como la colombiana, por tensiones raciales y regionales.

Desde los tiempos de la Independencia, cuando comenzó a concebir la nación que quería fundar, la intelectualidad criolla se enfrentó al hecho

apabullante de que más de 80% de sus habitantes eran negros, indios, mulatos y mestizos iletrados, y a que más de tres cuartas partes de su territorio estaban compuestas por llanuras y costas ardientes, llanos y selvas impenetrables²³. ¿Cómo construir el sentido de lo homogéneo allí donde prevalecía la heterogeneidad más absoluta e indeseada? ¿Cómo integrar en la noción de ciudadanos a esta apabullante y diversa mayoría de pobladores? Y, además, ¿cómo idealizar una geografía, percibida con profundo recelo y con connotaciones negativas, para convertirla en el lugar único de la «patria»?

La imposibilidad de resolver estas tensiones, con las herramientas de una ideología profundamente señorial, heredada de la Colonia, y fortalecida por los discursos eurocéntricos y racistas que llegaban de Europa, dominantes no sólo en Colombia, sino en toda la Latinoamérica del siglo XIX, llevó a las clases altas criollas a la construcción de un modelo de nación excluyente, que dejaba por fuera a la inmensa mayoría de sus habitantes, que les negaba por tanto a éstos el ejercicio de los más elementales derechos de la ciudadanía y que imaginaba su geografía como constituida por fragmentos, gobernados por una jerarquía que asignaba lugares de predominio de unos territorios sobre otros y que, más grave aún, convertía esas tres cuartas partes de su extensión total en espacios marginales y no aptos para la construcción de la nación, y no sólo por las características de su suelo y de su clima, sino también por la supuesta pésima calidad de sus habitantes. La nación del siglo XIX estaba, por eso, condenada a una profunda e insoluble crisis política y cultural, y la separación definitiva de Panamá en los albores del siglo XX, iniciada y propiciada por los mismos panameños, sería uno de sus símbolos.

En esta imagen recortada y excluyente de la nación, el concepto de frontera cumplió un papel central, tuvo su propia historia en Colombia y sus contenidos tomaron una dirección opuesta a la construcción del

23. Según el censo de 1851, el total de la población mezclada más el número de indios y mulatos era de 83%. Sólo un 17% era considerado blanco. Estas cifras son muy dicientes, sobre todo si se tienen en cuenta las imprecisiones de los censos del XVIII y del XIX, que por lo general ignoraban una parte importante de la población indígena, minimizaban la población negra y exageraban la clase de los blancos. Ver Frank Safford y Marco Palacios, *Colombia, Fragmented Land, Divided Society*, Nueva York, Oxford University Press, 2001, p. 261.

mismo concepto en Estados Unidos. A finales del siglo XVIII apareció ya claramente en documentos escritos por criollos de la capital el tratamiento de los puertos del Caribe como territorios de fronteras, situados en «las esquinas del reino». Para nada importaba que Cartagena hubiera sido en el siglo XVII uno de los centros internacionales del comercio mundial, ni que La Guajira fuese visitada cotidianamente por ingleses, franceses y holandeses. En la geografía que comenzaba a construir la élite criolla del interior eran eso: periferias del reino andino. En la reflexión de Caldas, tal como se ha visto en el ensayo anterior, todo el territorio allende los Andes eran ya, pues, tierras marginales, alejadas de la civilización²⁴.

En la segunda mitad del siglo XIX, estas ideas seguían intactas y quizás sus formas más acabadas estaban contenidas en los ensayos de dos de las personalidades más prominentes e influyentes del mundo intelectual colombiano de ese período. Me refiero a los textos de los hermanos José María y Miguel Samper²⁵. Estos escritos, entre otros, han

24. Encontré muy útil para examinar el sentido del concepto de frontera en la Colombia del siglo XIX, aplicado a territorios como Panamá, e incorporado en ensayos clásicos como el de José María Samper, que analizo más adelante, la lectura de los trabajos revisionistas de Patricia Lemerick y Susan Johnson sobre la frontera del oeste norteamericano. En especial, la idea de que incluso en la mítica frontera de Turner, más que de la creación de la democracia, de lo que se trató fue de un proyecto de conquista de unos territorios que ya tenían dueños, de apropiación violenta de unas riquezas y, sobre todo, de un proyecto de hegemonía cultural, destinado a convertir al otro en un ser inferior y a legitimar su sometimiento. Sobre estas dos autoras ver en particular las dos obras citadas, *The Legacy of Conquest* y *Roaring Camp. The Social World of the California Gold Rush*. De gran valor también la lectura de Ana María Alonso, *Thread of Blood. Colonialism, Revolution, and Gender on Mexico's Northern Frontier*, Tucson, The University of Arizona Press, 1995. Lo que me parece clave destacar aquí es que al igual que en las autoras anteriores, pero ahora aplicado a la frontera norte de México, Alonso mira la conquista de la frontera por los criollos mexicanos como un proyecto de dominación y de hegemonía contra los primeros habitantes de esos territorios (a esto último me referiré más adelante). Ahora bien, me interesan mucho en este libro dos ideas centrales: la primera, que hegemonía no significa otra cosa que el proceso mediante el cual se construyen sujetos subalternos, y la segunda, que la conquista de los pueblos indígenas de la frontera y su reducción a la civilización se legitimó mediante la construcción de ellos como pueblos bárbaros o civilizados. En otras palabras, la civilización creó la barbarie. Alonso, *Thread of Blood*, p. 24.

25. Haré uso de dos escritos: el primero de José María Samper, publicado en 1861, lleva por título *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*, con un apéndice sobre la orografía y la población de la

sido considerados recientemente como puntos de partida del esfuerzo por construir geografías regionales racializadas, pero en realidad creo que son puntos de llegada, maduraciones de una larga tradición que se inició desde antes de la independencia, con las primeras reflexiones criollas sobre la geografía de la nación²⁶. Tradición intelectual que nunca antes adquirió la nitidez y el poder conceptual con que apareció en las digresiones histórico-sociológicas de los hermanos Samper, sobre todo en las de José María. La más importante de todas, *Ensayos sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*, se publicó en 1861 con una finalidad principal, propia de nuestros intelectuales de aquel entonces: demostrarle a la Europa civilizada, y demostrarse a sí mismos, que la Nueva Granada no era tierra de bárbaros sino, por el contrario, cuna de gentes civilizadas²⁷, y para lograrlo Samper hizo con otros argumentos, más a tono con su tiempo, lo que Caldas había hecho 50 años antes, es decir, intentar demostrar que en la Nueva Granada coexistían dos geografías opuestas, no sólo

confederación granadina, reeditado por el Ministerio de Educación en su colección de Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, N° 52, Bogotá. De Miguel Samper, *La miseria en Bogotá*, que apareció por primera vez en 1867. Citaré la edición de la Universidad Nacional de Colombia, publicada en Bogotá en 1969.

26. Considero necesario insistir en que no se pueden borrar las continuidades del mundo colonial en la formación de una imagen de la nación en el siglo XIX. En materia de construcción de identidades espaciales y étnicas, como elementos centrales de la formación nacional, de constitución de espacios hegemónicos de poder y de discursos de dominación, los nuevos contenidos republicanos de la segunda mitad del siglo XIX no hacían, en muchos casos, más que enmascarar las viejas obsesiones coloniales por definir a los sujetos y por determinar las relaciones de subordinación con base en el poder todavía vigente de las jerarquías territoriales, étnicas y de género. En este sentido, ver el reciente trabajo de Seemin Qayum, «Nationalism, Internal Colonialism and the Spatial Imagination: The Geographic Society of La Paz in turn-of-the-century Bolivia», in James Dunkerley, *Studies in the Formation of the Nation-State in Latin America*, Londres, Institute of Latin American Studies, University of Londres, 2002, pp. 275-298, particularmente pp. 279-280.

27. Un estudio comprensivo de gran valor sobre los mecanismos de la búsqueda de Europa por los intelectuales criollos del siglo XIX es el de Frédéric Martínez, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Bogotá, Banco de la República-Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001. Sobre el discurso de la civilización considero muy útil también el libro de Cristina Rojas, *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, Bogotá, Editorial Norma, 2001, especialmente los capítulos I y II.

por sus condiciones climáticas y topográficas, sino, más allá de estas características físicas, y en gran medida debido a ellas, por el grado de civilización de sus pobladores.

La década de 1860, en la que José María y Miguel Samper escribieron sus ensayos más importantes en defensa de un ideario liberal, es también, y no por coincidencia, la década en la que el liberalismo radical se consolidó en el poder y en la que se procedió, en consecuencia, a implantar las grandes reformas políticas, económicas y sociales inspiradas en dicha doctrina, en particular la reforma constitucional de 1863, que consagró el federalismo y la autonomía de las regiones en sus formas más extremas. Lo que me parece interesante resaltar aquí es que el triunfo de las huestes liberales había sido de alguna manera la victoria de los caudillos regionales, quienes procedieron de inmediato a liquidar el escaso poder que se había concentrado en la capital de la república en el curso de los últimos 20 años de difíciles ensayos de construcción de un Estado central fuerte. Ahora las regiones se habían adjudicado el título de estados soberanos, controlaban sus escasas rentas, montaban sus propios ejércitos y poca consideración tenían hacia una capital que, como lo mostrarían Miguel Samper y otros escritores, presentaba signos de profunda decadencia. Panamá se había adelantado a estos desarrollos, de modo que ya desde 1855 había alcanzado la condición de una casi total autonomía con respecto al gobierno central, y al cerrarse la década de 1850 la autonomía del resto de las regiones era ya un hecho consumado. Es en este contexto en el que los escritos de los hermanos Samper adquieren todo su sentido. La reinención de un centro civilizador era ahora más urgente, precisamente por la amenaza de su desaparición material. Y lo fascinante es que son dos de los ideólogos más brillantes de ese liberalismo radical, que llevaba a cabo la tarea de debilitar el poder del gobierno central, y con ello la idea de un centro dominante situado en los Andes, los que se encargarían de legitimar otra vez su existencia en el campo de las ideas.

Una lectura cuidadosa de los textos antes citados permite descifrar los viejos códigos y los fundamentos materiales presentes desde antes de la independencia en el pensamiento criollo, con los cuales se procedió al arduo, traumático y fracasado proyecto decimonónico de montar una hegemonía de un centro, carente de la fuerza necesaria para acometer semejante empresa, al lado de la construcción de unas regio-

nes-fronteras. Hegemonía en el sentido que le dio Ana María Alonso a este término en su estudio de la frontera del norte de México. Es decir, como el proceso mismo de construcción de subjetividades, mediante la articulación de las dinámicas de poder y de formación de identidades en el proyecto de dominación de un grupo sobre otro. O como dirían de manera aún más clara Laclau y Mouffe: «La hegemonía no es una relación externa entre sujetos sociales preestablecidos, sino el proceso mismo de construcción de esos sujetos». Según Alonso, la conquista de los pueblos indígenas de la frontera norte mexicana y su reducción a la civilización se legitimó mediante la construcción previa de ellos como pueblos bárbaros. En otras palabras, «la civilización creó la barbarie»²⁸. Ahora bien, lo que resulta ejemplar en el caso colombiano es que esta construcción se hará no sólo contra territorios poseídos por pueblos indígenas, sino también contra territorios que habían sido ya conquistados por criollos en los siglos XVI, XVII y XVIII, contra el proclamado salvajismo de los nativos, pero que ahora, en medio de la decadencia, la ruina y el caos de las primeras décadas de existencia de la república, desde el centro se proclamaba de nuevo su barbarie, su ausencia de civilización, para legitimar la superioridad de un poder central.

En su *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, Samper se propuso reinventar el espacio de la nación. Un espacio ambiguo, constituido por territorios sin formas ni límites precisos. Su gran esfuerzo teórico partió de poder demostrar que, a diferencia de la proclamada homogeneidad de la geografía y de los habitantes de los países europeos más civilizados, el ser de la Colombia que se construía en el siglo XIX estaba determinado por una metageografía que estructuraba territorios diferentes con base en una jerarquía interna²⁹. Lo clave aquí era mostrar cómo en ese espacio impreciso y jerarquizado la nación civilizada incorporaba, pero al mis-

28. Ana María Alonso, *Thread of Blood*, pp. 15-50, 237.

29. A diferencia de las geografías de las naciones modernas que procedieron a homogeneizar sus territorios internos, las geografías imperiales comenzaron a jerarquizar los distintos territorios de modo que el occidente tuviese preeminencia sobre los demás. Samper procedió en esta última forma para dotar de superioridad un territorio sobre los otros. Para el uso del concepto de metageografía y su crítica ver Martin W. Lewis y Karen E. Wigen, *The Myth of Continents. A Critique of Metageography*, Berkeley, University of California Press, 1997, pp. ix-19, 189-205.

mo tiempo dejaba por fuera, como una herencia inevitable de su propia historia, el territorio donde imperaba aún la barbarie. En una especie de mítica reconstrucción del pasado y de la geografía de la joven república, territorio y ser humano terminaban en algunos casos compartiendo las grandezas y virtudes de la civilización y, en otros las miserias y defectos de lo incivilizado. En el mismo momento en que Samper comenzó a imaginarse a los seres humanos que habitaban a Colombia, con absoluta arbitrariedad no sólo se los imaginó sino que también los distribuyó por una geografía igualmente arbitraria³⁰. Sin embargo, sintió la necesidad en seguida de advertirnos esto:

Las razas y castas debían tener, como tuvieron, su geografía inevitable y fatal: los blancos e indios de color pálido y bronceado y los mestizos que de su cruzamiento naciesen, quedarían aglomerados en las regiones montañosas y las altiplanicies; mientras que los negros, los indios de color rojizo y bronceado oscuro, y los mestizos procedentes de su cruzamiento, debían poblar las costas y los valles ardientes...

Así pues —concluye—, la población quedó distribuida en dos grandes grupos de razas y castas: en las tierras altas, los blancos y los *blanquecinos* y los indios más asimilables; en las tierras bajas, los negros y *negruzcos* o pardos, las castas *zambas* y *mulatas*. Importa mucho que no se pierda de vista esa geografía de las razas y castas hispanocolombianas, porque en ella se encuentra el secreto o la clave de muy importantes fenómenos sociales y de casi todas las revoluciones que han agitado a las repúblicas de esa procedencia³¹.

30. Cuando Samper publica su *Ensayo sobre las revoluciones políticas* se firma como miembro titular de las sociedades de geografía y etnografía de París, por lo cual es posible pensar que él era consciente del papel de los estudios geográficos en la legitimación de los imperios, en la construcción del sentido de superioridad de Europa y en la conformación de unas identidades coloniales. Después de todo, Francia era el país que había abrazado con mayor entusiasmo la creación de sociedades geográficas en el siglo XIX. Al construir la geografía de Colombia, Samper procede a utilizar los mismos procedimientos de los geógrafos europeos, las mismas jerarquías y casi los mismos conceptos aplicados a la conformación de una geografía imperial. Para una crítica de una geografía etnocéntrica, ver Lewis y Wigen, *The Myth of Continents*; sobre el papel de las sociedades geográficas, ver Seemin Qayum, «Nationalism, Internal Colonialism», y William Schneider, «Geographical Reform and Municipal Imperialism in France, 1870-80», en John MacKenzie, *Imperialism and the Natural World*, Manchester, 1990, pp. 90-117.

31. José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, p. 71. El destacado es nuestro.

Por el enorme valor que tienen las afirmaciones anteriores para ilustrar nuestra tesis sobre el concepto de frontera aplicado a Panamá en la Colombia del siglo XIX, vamos a detenernos un poco en discutir las ideas centrales de este notable y cosmopolita intelectual del liberalismo colombiano, en especial cuando a guisa de polemizar con el literato británico Anthony Trollope, expone sus ideas sobre la difícil marcha de la civilización en tierras colombianas.

Trollope, en un libro bastante conocido por los especialistas en historia del Caribe, titulado *The West Indies and the Spanish Main*, había escrito sus impresiones de viaje por las islas del Caribe y por las costas de Colombia y Panamá. Al referirse a las ciudades costeras de Cartagena, Santa Marta, Ciudad de Panamá y Colón, Trollope lo había hecho en una forma muy elocuente para destacar la ausencia de civilización y la miseria de sus habitantes, a tono con la vieja tradición británica de mirar el Caribe poblado de negros como espacio de lo inferior y de lo atrasado. Pero, además, había expresado su total pesimismo en relación con el estado de cosas en la Colombia de 1859. Había escrito frases tan contundentes como las siguientes:

Colombia fue una de las grandes dependencias del trono español cuando el trono español había tenido grandeza. La ciudad y el puerto de Cartagena, en el Atlántico, estaban admirablemente fortificados, lo mismo que Panamá, en el Pacífico. Sus ciudades interiores estaban bien pobladas, florecientes, y para aquellos tiempos, bastante civilizadas. Ahora, el país entero ha recibido la bendición de una libertad utópica, y la mente se pierde al contemplar hasta qué nivel tan bajo de la degradación humana las gentes caerán lentamente.

La civilización aquí está retrocediendo. Los hombres se vuelven más ignorantes que sus padres, aprenden menos a leer, a conocer menos, a tener menos aspiraciones de alto nivel, a tener menos respeto por la verdad y la justicia, a tener más y más la apariencia de un bruto, esa apariencia que viene de una barriga llena y de pecados rodeados de impunidad, o incluso, de una barriga vacía, siempre y cuando los pecados queden sin castigo...

... Parecería que la providencia lo ha abandonado. No hay progreso alguno. La tierra que fue cultivada ha dejado de serlo, las ciudades bien pobladas caen en la ruina y los hombres retroceden a la condición de

animales, bajo la influencia de una libertad ilimitada y del sufragio universal...

... Santa Marta es un pueblo miserable, llamado ciudad... Se puede decir que no hay comercio en esta ciudad, que parecía, en efecto, estar casi muerto. Unos pocos niños negros o casi negros corren en las calles en un estado de casi completa desnudez...

Panamá se ha vuelto sin duda un lugar de importancia para los ingleses y los americanos, y su nombre es muy familiar a nuestros oídos. Sin embargo, es ahora un lugar sin gloria. Fue una ciudad hispana grande, muy fortificada, con cerca de 30.000 habitantes. Ahora sus fortificaciones en su mayoría no existen, sus iglesias se han derrumbado, sus viejas casas están arruinadas y su vieja población española ha desaparecido... De no ser por los pasajeros que cruzan el istmo, pronto no quedaría nada de la Ciudad de Panamá³².

José María Samper comenzó por lamentar la superficialidad del escritor Trollope y su ligereza al confundir la parte con el todo.

Es también injusto —dice— acusar a las repúblicas hispano-colombianas de incuria y abandono, como lo hacen muchos «viajeros en abreviatura», juzgando sólo por el aspecto de nuestras costas desiertas o miserablemente pobladas.

No ha mucho leímos una obra de impresiones de viaje, relativa a las Antillas y algunas de las costas de Tierra Firme, escrita por Mr. Anthony Trollope, literato inglés muy notable. El distinguido novelista ha probado en su libro una singular ligereza, que nos hace pensar que lo escribió por escribirlo y nada más. Se detuvo tres o cuatro días en Santa Marta, Cartagena y Panamá, y como no encontró allí nada parecido a Hyde Park y Regent Street ni a su fuerte y orgullosa raza británica, declaró sin apelación que toda Nueva Granada era un país bárbaro y en pleno retroceso, insalubre y odioso... Ese modo de juzgar a un pueblo y a una inmensa comarca es deplorable, e inexcusable en un hombre de talento como Mr. Trollope. Lo mismo valdría que nosotros declaráramos a Inglaterra un país bárbaro y mortífero, porque su populacho

es el más grosero de todos los países civilizados, y porque en Londres reina la tisis en permanencia³³.

Hecha la salvedad anterior, y aclarado que no todo el territorio ni todos sus habitantes, excepto las costas, padecían la condición de la barbarie, José María Samper intentó explicarle al público ilustrado de Londres y de Hispanoamérica los mecanismos del progreso de la civilización en Colombia, y en general, en los países latinoamericanos, y al hacerlo escribió una de las síntesis más poderosas del pensamiento de la élite colombiana sobre el tipo de nación que se imaginaba construir. Yo diría la más acabada conceptualización, después de la elaborada por Caldas a principios del XIX, y como lo veremos en seguida, la más contundente, por su claridad, de las adscripciones a un modelo de nación que convirtió a los territorios de las costas, de los llanos y de las selvas, y para efecto de este trabajo, a Panamá, en tierra de bárbaros, en tierra de frontera hacia donde tenía que avanzar la civilización. Ya veremos cómo lo logra:

Es preciso no olvidar —advierte de nuevo— la geografía de la civilización y de las razas en Hispano-Colombia: allí, en muchos de los estados, los mejores elementos de civilización se han aglomerado en el interior, y el progreso se va verificando de un modo singular: de adentro hacia fuera, del centro a la circunferencia. Tal es el fenómeno que se produce en las comarcas cuya capital y cuyas razas más puras se hallan en el interior, sobre las altiplanicies, como México, los estados de Centro-Colombia, la Confederación Granadina, el Ecuador y Bolivia. En otros la situación es inversa: la civilización ha tenido su primer centro hacia las costas, como se ve en Caracas, Lima, Santiago de Chile, Buenos Aires y Montevideo. Si se penetra al interior, a medida que se avanza se encuentran sucesivamente el atraso, la semibarbarie y la barbarie completa. Es necesario, pues, para juzgar con equidad a las repúblicas hispano-colombianas, seguir en cada una de ellas la marcha particular de la civilización. Todo otro método es empírico y erróneo. Detrás de las costas insalubres de Veracruz está la espléndida México, digna de ser la capital de una gran nación europea; detrás de los zambos de las costas granadinas están la rica y bella Medellín, la

32. Anthony Trollope, *The West Indies and the Spanish Main*, Londres, Chapman and May, 1860, pp. 242-255.

33. José María Samper, *op. cit.*, pp. 124-125.

noble Popayán, y la ciudad, altamente ilustrada y estimable, de Bogotá. Así mismo, detrás de la hermosa Caracas está el salvaje llanero del Apure; detrás de la ilustre Buenos Aires vive el terrible gaucho de las Pampas, y detrás de la opulenta Lima están las turbas imbéciles de indios del Cuzco³⁴.

En este párrafo esencial, José María Samper insistió en repetir la clave del discurso fundacional de la nación construido por las élites criollas desde antes de la independencia: «Es preciso no olvidar la geografía de la civilización y de las razas en Hispano-Colombia». En otras palabras, Samper le dice al señor Trollope que no comprenderá nada sobre nuestra nación si no comienza por entender que su construcción ha sido determinada, desde mucho antes de la independencia, por dos elementos fundamentales e inseparables: la geografía y las razas. Y a renglón seguido expone las líneas generales de una geografía humana cuya historia y pobladores se reinventan en función de legitimar a los ojos de Europa y de la misma élite de la que se es miembro, el derecho de pertenecer a la comunidad de naciones civilizadas y, por supuesto, la noción de un centro civilizado y de una periferia bárbara como elementos constitutivos de dicha nación.

La reinención de la geografía humana de Colombia opera en Samper de dos maneras: la primera al convertir a las «costas desiertas o miserablemente pobladas», como él las llama, en tierras sin historia, en espacios vacíos. En el interior, dice, «se han aglomerado los mejores elementos de la civilización y el progreso se va verificando de un modo singular: de adentro hacia afuera, del centro hacia la circunferencia». Todo el vasto territorio de las costas, y de todo aquello alejado del centro, queda de esa manera no sólo vacío de gentes sino de historia, convertido en una metáfora de la occlusión, en territorio salvaje que oculta el otro espacio de la civilización: «Detrás de los zambos de las costas granadinas están la rica y bella Medellín, la noble Popayán y la culta y estimable Bogotá». De un plumazo, Samper borra hechos tan básicos como que todavía en los albores de la Independencia Cartagena y Panamá seguían siendo dos de las ciudades más ricas e importantes de la vieja Nueva Granada, y Medellín apenas iniciaba su historia de negocios.

34. *Ibid.*, pp. 125-126.

La segunda reinención de Samper es un legado directo de Caldas. Aquí no se limita a comentar la existencia de unas regiones formadas en parte por la fragmentación del territorio y el tipo de poblamiento y de cultura, sino que más allá de eso lo que le interesa al pedirnos «no olvidar la geografía de la civilización y de las razas» es construir la geografía de la nación a partir de un espacio definido como un centro civilizado, situado en un interior andino mítico, poblado por las razas más puras, y de otro, igualmente vago, que está fuera de ese centro y que incluye el resto del territorio, determinado por la presencia de sus razas impuras. En otras palabras, ha procedido a construir dos grandes sujetos, dos identidades definidas por sus contenidos étnicos y geográficos. De modo que la nación no se piensa tanto desde las regiones específicas como desde los dos grandes espacios o territorios que la integran: el espacio de la civilización y las razas más puras y el de la barbarie y las razas inferiores. Poco o nada tiene que ver en esta segunda reinención el contenido real de las sociedades colombianas de la segunda mitad del XIX. Nada cuenta que Bogotá, por ejemplo, estuviese todavía poblada por lo menos en 40% por indios y por un número igual de mestizos, que Medellín fuese una ciudad con una población negra y mulata dominante, y que Popayán fuese, en su gran mayoría, ciudad de negros e indios³⁵.

35. El gran geógrafo alemán Alfred Hettner escribió en 1882 la mejor descripción que poseemos sobre la Bogotá de finales del siglo XIX. Con una extraordinaria sensibilidad y conocimientos para mirar las cosas a su alrededor, Hettner captó aún en sus detalles más insignificantes los elementos constitutivos de la capital del país. En sus memorias de viaje por el interior de Colombia, nos muestra la vida de los bogotanos en sus casas, en las calles y en los oficios. Una de las cosas que más lo impresionan es la terca decisión de los santafereños de aquel entonces de no aceptar la existencia de una población indígena en la ciudad, y mucho menos de aceptarse ellos como descendientes de los antiguos chibchas. Y lo impresiona porque a su mirada de geógrafo alemán no escapa la evidencia de una ciudad poblada en su inmensa mayoría, todavía en 1882, por indios y mestizos con una presencia indígena muy fuerte. Así las cosas, Hettner sostiene que «considero más confiables los resultados de mis propias observaciones, corroborados por las de amigos, que las conjeturas inspiradas por la vanidad nacional de escritores colombianos, acogidas también en libros publicados por ingenuos alemanes. A diferencia del 50% que éstas indican, considero que tan sólo el 15% puede calificarse de gente de raza blanca, probablemente tampoco del todo libre de mezcla con sangre india, pero quedando ésta en proporción insignificante para el caso. De negros y zambos no hay sino entre 1 y 2%, componiéndose el remanente de cholos, o sea una mezcla entre indios y blancos, y de indios puros o casi puros, por partes iguales más o menos». Alfred Hettner, *Viajes por*

Por un simple acto de su imaginación, las élites intelectuales del interior reconfiguraron el territorio patrio de modo que en estos centros urbanos habitaran las razas más puras, blancas o blancuzcas, y en el resto, los otros, los impuros. Ahora bien, Samper no hace esto gratuitamente: él está escribiendo sus ensayos en Londres en 1860³⁶ y es plenamente consciente, como lo fue Caldas medio siglo antes, de que para los europeos una nación civilizada lo es si sus climas templados son habitados por gente blanca. De modo que no tiene más remedio que proceder a inventar su geografía de la civilización y de las razas, sólo que, al igual que en Caldas, una consecuencia fundamental para la historia de Colombia es que gran parte del territorio nacional quedaba por fuera de lo que se define como el espacio de la nación civilizada, es decir, se convertía en territorio de frontera, en el sentido cultural y antropológico del término.

Ahora bien, el caso colombiano, representado aquí en el texto de José María Samper y, como veremos en seguida, en el de su hermano Miguel, permite comprobar que el procedimiento mediante el cual una élite latinoamericana se imagina una periferia o una tierra de frontera, y

los Andes colombianos, 1882-1884, Bogotá, Banco de la República, 1976, pp. 61-128. El párrafo citado está en la página 78. En relación con Medellín, otro geógrafo extranjero, James Parsons, en su obra clásica sobre la colonización antioqueña, se ve obligado a desmentir la extendida creencia, vigente hasta los días de hoy en la imaginación de la mayoría de los colombianos, de que Antioquia, y en particular Medellín, estaba integrada mayoritariamente por gentes blancas. A este respecto dice Parsons que «la preponderancia de la sangre mezclada, que aparece en la tabla 1, está en flagrante contradicción con la aserción de que Antioquia es una provincia de blancos». En la tabla 1 Parsons recogió los resultados de los censos de 1808, 1812 y 1918 sobre la composición racial de Antioquia, y todavía en 1918 el 52,4% de la población estaba integrado por mestizos y mulatos, y un 15,3% aparecía clasificado como negros. En relación con Medellín, en 1778 sólo un 18% estaba constituido por blancos, mientras que entre mestizos y mulatos daba un total de 62%, más un 20% de negros esclavos. Es de suponer, conociendo la dinámica de estos censos y el repudio de la gente a ser considerada menos que blancos, que el número de mezclados, de negros e indios debió ser sin duda superior. James J. Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, Bogotá, Banco de la República, 1961, pp. 21 y 81. Para una mirada global de la composición racial de los diferentes estados a mediados del siglo XIX, pese a la evidente reducción de la población real de negros e indios que registra, ver el censo de 1851 en Marco Palacios, *op. cit.*, p. 261.

36. En realidad, este libro se había escrito inicialmente en forma de artículos para el periódico *El Español de Dos Mundos*, que se publicaba en Londres.

le asigna significados degradantes a esa geografía y a quienes la habitan, termina siendo uno de los instrumentos mediante los que se procede a legitimar el derecho de dominar a ese «otro», y por supuesto de construir como algo natural el sentido de superioridad que se ejerce sobre él. Y para hacerlo, esa élite intelectual se imagina una historia, cuyo énfasis reside en construir una hipérbole de esa diferencia en la cual se le asignan al espacio geográfico que se construye como hegemónico todas las virtudes asociadas con el proyecto civilizador y modernizante, mientras que a la otra geografía, a esa periferia que constituye paradójicamente, en nuestro caso, más de las tres cuartas partes del territorio, se la degrada hasta el punto de negarle cualquier posibilidad de redención, distinta de aquella que emana del centro civilizado. En otras palabras, el contenido que adquiere la valoración negativa de estas tierras de fronteras o periféricas es parte esencial de lo que Florencia Mallón definió al decir que «la formación del Estado-nación es también, en todas partes, una batalla por el predominio entre las regiones — y sus formaciones económicas, intereses y culturas políticas — y por el privilegio de que sus formas particulares de identidad se conviertan en la identidad nacional»³⁷.

Miguel Samper, quien desempeñaba el papel de gran oráculo del liberalismo de las últimas décadas del XIX, escribiría poco después de publicado el texto de su hermano José María, un pequeño librito de alta resonancia titulado *La miseria en Bogotá*, y en él expondría una vez más, con meridiana transparencia, el tropos central de una historia nacional definida por dos grandes espacios geográficos, los de la civilización y la barbarie:

Hallamos — dice — como causas principales de atraso la configuración del territorio y el clima. Mientras que en las zonas templadas la población y la riqueza se han desarrollado principalmente hacia la desembocadura y las hoyas de los grandes ríos, en las costas de los golfos y por donde quiera que la topografía ha opuesto menos obstáculos a las comunicaciones, entre nosotros ha sucedido lo contrario. Los que descubrieron y conquistaron esta parte de la América encontraron la

37. Florencia Mallón, «Decoding the Parchments of the Latin American Nation-State: Peru, Mexico and Chile in Comparative Perspective», in James Dunkerley, *Studies in the Formation of the Nation-State in Latin America*, p. 33.

barbarie más completa sobre las costas y en las hoyas de los ríos, en tanto que las faldas y mesetas de nuestra cordillera servían de morada a pueblos relativamente adelantados en civilización. Cerca de cuatro siglos van transcurridos desde que ocurrió aquel hecho, y las cosas no han cambiado sensiblemente. Las costas y las hoyas de los ríos continúan brindándonos con la riqueza natural en todas sus formas las mayores facilidades para el cambio interior y exterior de los productos de la industria; pero la población no baja de las faldas y mesetas de la cordillera sino con lentitud y precaución, porque allí donde está la riqueza fácil, la muerte ha establecido su imperio. Nuestras cordilleras son verdaderas islas de salud rodeadas por un océano de miasmas.

... Los hijos de los Andes colombianos debiéramos nacer titanes o civilizados para empezar por romper sin tardanza los nudos y ligaduras que nos atan a nuestra grandiosa cuna³⁸.

Panamá encarnó en muchos aspectos la noción de frontera que predominó en Colombia y que, como acabamos de ver, fue expuesta con mucha lucidez por los hermanos Samper: por su geografía, por su composición racial y por el predominio de una cultura popular, el istmo encajaba perfectamente en el estereotipo de las tierras incivilizadas y bárbaras. Ningún otro territorio de la república tuvo como Panamá tanta fama de región malsana y peligrosa. Desde los tiempos de la flota de los galeones, los españoles tenían temor de Nombre de Dios y, después, de Portobelo, por el rumor de sus fiebres terribles. Esta geografía pestilente había sido tema común en las crónicas de la época, y por supuesto lo anterior tenía un trasfondo de verdad en cuanto enfermedades como la fiebre amarilla y la malaria, entre otras, diezaban a las gentes que arribaban a estos territorios sin haber tenido antes contacto con ellas, pero lo nuevo ahora en este siglo de las ciencias era la asociación de esa naturaleza «enferma» con un tipo de ser humano y de cultura inferior, tal como se reflejaría con toda claridad en los textos de los hermanos Samper. Pero además Panamá, pese a haberse convertido por obra del ferrocarril y del canal interoceánicos en uno de los centros de la geografía mundial, seguía situada, en la geografía de la república decimonónica de

Colombia, en uno de sus puntos más remotos, aislada de la capital por «la barrera infranqueable que constituía la selva del Darién» y la pesadilla de las comunicaciones, que en muy poco habían cambiado desde los tiempos precoloniales. O quizás habían cambiado para empeorar. Ir de Panamá a Bogotá era mucho más difícil que ir de Panamá a Alemania, y constituía una experiencia desoladora y, hasta cierto punto, fantástica. De Ciudad de Panamá, en el Pacífico, se viajaba a Colón, en el Caribe, en el ferrocarril de los norteamericanos; y de allí a Cartagena se iba en el vapor de los ingleses. Luego de Cartagena a Honda había que hacer el viaje por río en las canoas de los mulatos o en barcos de vapor de compañías manejadas por los criollos, para finalmente, camino a Bogotá, subir las montañas, rodeadas de profundos abismos, en mulas de indios y mestizos. La travesía hacia la capital podía durar, según la época del año, hasta 70 días de recorridos inverosímiles, si se tenía la buena suerte de no coincidir con el estallido de una de las tantas guerras civiles³⁹.

Sin embargo, no era sólo la geografía. Panamá, lo mismo que el resto del Caribe, no tenía nada que ver con la imagen de la raza latina, que se construía con pasión en Bogotá, como definición de sí mismos, y la cual suponía un claro predominio de la raza española. A las principales ciudades de Panamá las distinguía la presencia dominante de las llamadas «razas impuras», es decir, de negros y mulatos (aunque, claro, los aristócratas cartageneros o panameños no dejaron de sentirse solidarios y hermanados con los de la capital en el sentimiento de pertenencia a esta raza latina)⁴⁰. En su libro *El Panamá colombiano*, Celestino Andrés Arauz trae la descripción de la población panameña de un viajero inglés de 1857. Dice el viajero:

Al atardecer despierta la mayoría de los habitantes y negros y mestizos pueblan las calles. Andan en forma insolente y desprecian mucho

39. Ver Justo Arosemena, *Fundación de la nacionalidad panameña*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, pp. 30-31. Alfredo Figueroa, *Dominio y sociedad en el Panamá colombiano, 1821-1903*, Ciudad de Panamá, 1978, pp. 324-325.

40. Para un análisis reciente del uso de la idea de la raza latina, no sólo por la élite de Bogotá sino también por la élite de Panamá, ver Aims McGuinness, «Searching for Latin America. Race and Sovereignty in the Americas in the 1850s», en Nancy Appelbaum, Anne S. MacPherson y Karin A. Roseblatt, *Race and Nation in Modern Latin America*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2003, pp. 87-107.

38. Miguel Samper, *La miseria en Bogotá y otros escritos*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, pp. 15-16.

a los blancos y cuando les parece se toman la ley en sus manos con la máxima impunidad... El juez y la mayoría de las principales autoridades son negras y dispensan menos justicia al hombre blanco que el peor de los dueños de esclavos lo hubiese hecho a sus hermanos⁴¹.

Tampoco imperaban en Panamá los valores aristocráticos y religiosos que moldearon el mundo jerárquico y recogido de los Andes, o al menos el mundo en el que las élites del interior se imaginaban vivir. Otro viajero inglés, Campbell Scarlett, quien atravesó el istmo en 1835, entre las muchas impresiones que recogió de su viaje por Panamá trae ésta:

A menudo, el bullicio incesante de los bailarines mulatos y negros... nos tienen despiertos media noche. Puedo sentir cómo tiembla la casa cuando se mueven... agréguese (a la música) chillidos de placer y grandes saltos de alegría, que resuenan extraordinariamente sobre el piso del cuarto y hacen ruidos completamente abrumadores. Esta diversión continúa casi sin interrupción desde las once de la noche hasta las cuatro de la mañana⁴².

En realidad, lo que reflejaban estas descripciones de viajeros europeos y norteamericanos, además de los prejuicios raciales propios de Occidente, era la presencia dominante de un tipo de cultura popular negra y mulata en las ciudades de Panamá y Colón, ajena por completo a las tradiciones señoriales. Nuestro Salvador Camacho Roldán, intelectual insigne del liberalismo colombiano de la segunda mitad del siglo XIX, confirma lo anterior. En su libro *Notas de viaje*⁴³, publicado en Bogotá en 1892, y en el cual relata su larga travesía por territorio colombiano y estadounidense, se detiene a contarnos cómo eran las ciudades de Panamá y Colón en 1887. No hay que olvidar que Camacho Roldán había sido gobernador del istmo en 1852, nombrado desde Bogotá. En uno de sus apartes narra «el estado de incuria en que yacía la población» en la década de 1850 y procede a explicarnos las causas por las cuales, pese a la enorme cantidad de dinero que ingresaba a Panamá, como consecuen-

41. Celestino Andrés Arauz y Patricia Pizzurno Gelós, *El Panamá colombiano, 1821-1903*, Panamá, Primer Banco de Ahorros, 1993, p. 264.

42. *Ibid.*, p. 265.

43. Salvador Camacho Roldán, *Notas de viaje. Colombia y Estados Unidos de América*, Bogotá, Banco de la República, 1973.

cia de la avalancha de aventureros provocada por el descubrimiento del oro californiano en 1848, no hubo mayor progreso en esta sección de la república, y por el contrario el atraso seguía siendo la nota dominante. Dice Camacho Roldán:

Siglo y medio de estancamiento y decadencia debían producir y produjeron un sello profundo de inmovilidad en el organismo de la población panameña: la pobreza había llegado al último grado: el antagonismo de las dos razas —la negra y la blanca— pobladoras de esa región, mantenido por tres siglos de esclavitud, debía hacerse sentir fuertemente en los momentos en que esta institución acababa de ser abolida (1850): la acción del clima, desfavorable para la blanca, había enervado la actividad de la clase gobernante y permitido que la raza inferior en evolución mental se sobrepusiese en número, en energía y en influencia política⁴⁴.

Este párrafo de Camacho Roldán es muy interesante porque, por una parte, expone con claridad hasta qué punto negros y mulatos se habían convertido en una fuerza política y social dominante en Panamá; pero, por otra parte, permite comprobar cómo todavía a finales del siglo XIX el determinismo geográfico seguía dominando la percepción de las mentes más sofisticadas de las élites interioranas: la influencia del clima sobre los seres organizados es de nuevo la herramienta analítica que explica la pobreza y la ausencia de civilización en Panamá. El clima hizo posible que la élite blanca, de descendencia española, perdiese la fuerza para gobernar, mientras que «ha permitido que la raza inferior en evolución mental (los negros) se sobrepusiese en número, en energía y en influencia política». La preponderancia política y social de negros y mulatos fue causa y efecto del estado de incivilización de Panamá. Más adelante, este ilustrado escritor nos revela el secreto de cómo alcanzar la civilización en Panamá, en sus tierras ardientes y pobladas de gentes inferiores:

Vida municipal activa y verdadera es de lo que esas dos ciudades (Panamá y Colón) carecen: el panameño nativo tiene pocas tradiciones de interés público; el mestizo africano carece de educación y hasta de nociones sobre lo que es la edilidad de un pueblo civilizado. El gobierno

44. *Ibid.*, p. 243.

central a 300 leguas de distancia, mal pudiera proveer al aseo, a la salubridad y a la policía de ornato y de seguridad de lugares desconocidos para los miembros del gobierno de Bogotá; sólo el elemento extranjero podría comunicar a esos intereses la iniciativa, la espontaneidad, el amor cívico que ellas requieren. Agua potable, alumbrado público, albañales en comunicación con la parte profunda de la bahía, servicio diario de aseo de las casas y de las calles, buen pavimento en las calles, árboles y flores en las casas y en los paseos públicos de las afueras, servicio de bombas contra los incendios, mercados públicos aseados, bien vigilados por la policía de sanidad, teatros y lugares de distracción honesta, hospitales y cementerios bien mantenidos: todo eso está aún por crear en Colón y Panamá, y sólo puede esperarse en gran parte de la iniciativa del extranjero⁴⁵.

¿Cómo entonces superar este estado precario de civilización, en el cual gobierna el mulato «que carece de educación y hasta de nociones sobre lo que es la edilidad de un pueblo civilizado»? La respuesta de Camacho Roldán es enfática: si los blancos de la élite panameña se han debilitado por la influencia del clima, si los de la capital desconocen ese lugar que es Panamá, la civilización sólo será posible allí el día en que gobiernen los extranjeros, especialmente los ingleses y franceses asentados en su territorio. En fin, pese a su lenguaje diplomático, el cuadro sobre Panamá de *Notas de viaje* no hacía otra cosa que resaltar, todavía en la última década del siglo XIX, la percepción de su escritor acerca de la incapacidad natural de los panameños de aclimatar la civilización, y claro, lo que sería motivo para otro ensayo: las dimensiones reales del nacionalismo colombiano.

De modo que en los momentos en que Estados Unidos hacía de Panamá el centro del mundo, para la élite de la capital seguía siendo una tierra remota y poco apetecible. Jamás pensaron que Panamá podía convertirse en una nación, porque tenían una imagen degradada de los seres humanos que la habitaban. Todavía en 1906, cuando ya la independencia de Panamá era un hecho irreversible, en un folleto titulado «Colombia, Estados Unidos y Panamá», publicado en la ciudad de Buenos Aires y firmado con el seudónimo de «Un colombiano», se explicaba por qué

Panamá no podía ser una república independiente, y entre otras razones, mencionaba las siguientes:

Para ser un país independiente se exige tener suficiente extensión territorial y suficiente población civilizada... El departamento de Panamá sólo tiene un área poco mayor de 30.000 millas cuadradas y una población que se estima en 250.000 habitantes... Sin duda hay estados que tienen extensión territorial y población iguales o menores que Panamá... (pero) Muchas son las regiones del istmo cubiertas por selvas tropicales impenetrables, y entre los 250.000 habitantes se cuentan numerosos indios salvajes, negros, chinos y extranjeros... Así en la capital como en las provincias existen clases dirigentes y hombres notables, pero el estado de cultura del pueblo es muy inferior⁴⁶.

En fin, nuevamente los viejos argumentos, repetidos desde los años iniciales de la Independencia, una y otra vez, contra las razas inferiores y los territorios degradados por una élite que, obligada a hacer de su propia historia una ficción, no se cansaba de insistir en su discurso civilizador, su discurso de exclusión de todo aquello que no encajara no en lo que ella era, sino en lo que había terminado por creer que era. Todavía tres años después de haber declarado Panamá su condición de nación y de ser reconocida por la comunidad internacional, se publicaba un ensayo destinado a negarla, con el argumento de que no podía formarse una nación en un territorio de selvas tropicales, habitado por «las razas más impuras». Lo anterior a pesar de que Panamá, desde el momento mismo de su separación de España, y a lo largo del siglo XIX, se había caracterizado por una historia política en la cual su disposición para la independencia había sido la norma. Eran comunes los intentos de Panamá por recobrar su independencia de Colombia a lo largo del siglo XIX, casi siempre sustentados en sus reclamos por la indiferencia del Estado central hacia ellos. Estos intentos fueron apoyados con entusiasmo por una élite criolla panameña, que compartía los prejuicios racistas contra indígenas y negros, y que se sentía también emocionalmente ligada a la civilización de Occidente, pero que nunca estuvo dispuesta a admitir la hegemonía de un centro andino, y mucho menos, la imagen de una

45. *Ibid.*, p. 253.

46. Un colombiano, «Colombia, Estados Unidos y Panamá», Buenos Aires, 1906.

nación en la que ellos eran la representación del atraso, la barbarie y lo inferior. Por el contrario, hubo un esfuerzo constante de esta élite por imaginarse Panamá como una tierra destinada por su geografía a ser un gran centro de progreso y de modernidad. El ejemplo más claro de estas tensiones en las élites panameñas es el ensayo clásico de Justo Arosemena, *El Estado federal de Panamá*, publicado en el año de 1855, y en el cual defiende la idea de hacer de Panamá un Estado soberano. En este ensayo, considerado por la generalidad de los historiadores panameños uno de los textos fundacionales de la república, Arosemena pone además de presente su abierto racismo contra negros e indios, y su intención de negar la condición de frontera de Panamá, mediante su invención como lugar estratégico del desarrollo de la humanidad, y dotado por la historia del destino manifiesto de ser centro internacional de los negocios⁴⁷.

El siglo XIX panameño, además, había sido un siglo dominado por las relaciones con el Caribe y por las muy pobres relaciones con el interior andino. Después de la decadencia de su gran comercio a mediados del siglo XVIII, Panamá había perdido el dinamismo y la intensa actividad que lo caracterizaban, con lo cual decayó hasta perder casi toda importancia⁴⁸. En 1849, la población del istmo no alcanzaba a los 5.000 habitantes, y con la construcción del ferrocarril llegó a tener un poco más de 13.000 en 1864⁴⁹. En 1880 Ciudad de Panamá seguía teniendo 12.000 habitantes, pero en 1883 había ascendido a 20.000, y tres años más tarde se contaban cerca de 40.000 negros en el estado de Panamá. Ese crecimiento enorme se concentró en los dos puertos más importantes, en Colón y en Ciudad de Panamá, y en su mayor parte se trataba de negros y mulatos venidos del Caribe a trabajar en las construcciones del ferrocarril y posteriormente del canal. Una pequeña parte de ellos provenía de las costas colombianas, pero la mayoría llegó de las islas del Caribe, en especial de las islas inglesas de Jamaica y Barbados. En cierta

47. Arosemena, *op. cit.*

48. Alfredo Castillero, «Coyuntura económica del Panamá prenovenbrino», en Luis Martínez Delgado, *Panamá, su independencia de España, su incorporación a la Gran Colombia, su separación de Colombia, el canal interoceánico*, Bogotá, Ediciones Lerner, 1972, pp. 207-217.

49. Patricia Pizzurno, *Antecedentes, hechos y consecuencias de la guerra de los Mil Días en el istmo de Panamá*, Panamá, 1990, p. 51.

medida, algo parecido había pasado con los negocios. Los comerciantes de Jamaica terminaron controlando la mayor parte del extenso comercio de Panamá con los países del Pacífico, incluido el que tenía lugar con los puertos colombianos⁵⁰.

Uno de los resultados de este crecimiento de la segunda mitad del siglo XIX fue que el peso de los grupos de negros y mulatos caribeños, que poco o nada tenían que ver con las gentes del interior andino, se volvió aún más decisivo, con lo cual se configuró una situación en la que, en la misma medida en que se reforzaban las percepciones racistas de las élites del centro, se consolidaba también en los puertos panameños el sentido de una identidad distinta. El impacto político de esta inmigración no se ha estudiado lo suficiente, pero el hecho real es que en esa segunda mitad del XIX es en la que toma fuerza la idea de un partido liberal negro en Panamá, y también es el momento en el cual un grupo de liberales, encabezado por negros y mulatos de las Antillas, se tomó el puerto de Colón para oponerse a la invasión norteamericana de 1885. La mayoría de estos líderes, al mando de los cuales se encontraba el mulato Pedro Prestán, fueron ejecutados por su presunta participación en el incendio de Colón⁵¹. Después de la represión de 1885, de la destrucción de su condición de Estado soberano y del trato arrogante de los gobiernos de la Regeneración, los lazos de Panamá con la capital se deterioraron a niveles mucho más profundos. Quizás, como afirma el historiador Alfredo Figueroa, lo anterior explique por qué los panameños participaron masivamente en la guerra de los Mil Días contra el gobierno central, del lado de la rebelión liberal⁵².

Se podrían encontrar muchas explicaciones incidentales al hecho increíble de que miembros de la élite y de la clase media panameñas, que habían cultivado de tiempo atrás un resentimiento y una acendrada desconfianza contra los norteamericanos por una historia de invasiones y atropellos, prefirieran invitar a Estados Unidos a tomar el control de la

50. Alfredo Figueroa, *Dominio y sociedad*, p. 348.

51. Sobre el partido liberal negro ver Alfredo Figueroa, *op. cit.*, pp. 342-344. Sobre Pedro Prestán y el levantamiento de Colón, ver «Pedro Prestán, cien años después», *Boletín de la Academia Panameña de la Historia*, Panamá, edición extraordinaria de mayo-junio de 1985.

52. Figueroa, *op. cit.*, p. 352.

zona del canal, a cambio de protección para separarse de Colombia. Pero en el fondo, la conducta de las clases medias panameñas que iniciaron el movimiento, y de las clases populares que lo contemplaron con la mayor indiferencia hacia los destinos de Colombia, tuvo mucho que ver con la forma como se construyó la geografía de la nación a lo largo del siglo XIX y con el papel que desde la capital se le asignó al istmo de Panamá en dicha geografía. Que Bogotá hubiese manejado las negociaciones del canal, primero con los franceses y después con los estadounidenses con increíble torpeza, y muchas veces hasta con indiferencia hacia sus pésimos resultados, y que en junio de 1903⁵³ el Congreso colombiano hubiese votado unánimemente contra el Tratado Herrán-Hay sin meditar por una sola vez en las consecuencias de esta votación, y sin haberse tomado la molestia de consultar con los panameños, lo que revela, sobre todo, es la arrogancia un tanto ridícula de un centro sin mayor poder, y de trasfondo el ejercicio de una concepción profundamente racista y aristocrática que impedía que personajes como el señor Caro pudieran percibir la verdad elemental de que Panamá era, desde el momento en que Lesseps pisó Colón para ocuparse de las obras del canal, el territorio más importante de la república.

Que lo anterior no es mera especulación queda demostrado, además, en el hecho de que la pérdida de Panamá no produjo siquiera una reflexión a fondo sobre el fracaso de la nación que se había construido en el siglo XIX y sobre la necesidad de construir un nuevo modelo, más acorde con su propia realidad. Por el contrario, los historiadores llamaron al Senado que negó el tratado con Estados Unidos, «el Senado admirable», y la pérdida de Panamá no una desgracia para la nación, sino simple y llanamente una nueva derrota para la raza latina. En 1910 se publicó la primera edición del *Manual de historia de Colombia*, escrito por los miembros de la Academia de Historia Nacional, Jesús María Henao y

53. La lectura de la correspondencia de Carlos Martínez Silva, José Vicente Concha y Tomás Herrán con el gobierno nacional, en su condición de embajadores de Colombia en Washington y de negociadores directos del proyecto del canal con el gobierno de Estados Unidos, es muy reveladora de la absurda negligencia y descuido con que la capital manejó el asunto de Panamá. Ver Ministerio de Relaciones Exteriores, *Libro Azul. Documentos diplomáticos sobre el canal y la rebelión del istmo de Panamá*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1904, pp. 4-356.

Gerardo Arrubla. La separación de Panamá, apenas nueve años después de haberse producido, les mereció tan sólo página y media de un libro de más de 800 páginas. En uno de sus párrafos, decían así los señores Henao y Arrubla:

El crimen de Panamá ha aumentado el número de los crímenes de los siglos, y se alza allá entre las aguas del mar de Balboa, como palo de buque naufrago que indica el camino a la vela latina... el reproche es ceguedad; necesario es consultar algo más elevado que nuestro propio duelo. Creemos en el cumplimiento fiel de la ley moral; esperamos en la justicia... La solución está en manos de la juventud. La defensa del común enemigo —del que amenaza nuestra gloriosa raza latina que por doquiera ostenta hermosos sarmientos en todo lo que vivificó España con su aliento— consiste en preparar al señor de los ejércitos, al mismo que dio la independencia en la cruenta guerra... y levantando la mirada más allá de los límites de la patria, sin desconfianzas, sin recelos, aproximar el mar, nivel de la civilización, a la cuna de Nariño, «la ciudad solitariamente docta», romper el claustro colonial en que vivimos y estrechar los vínculos de la más fina amistad con todas las hermanas por la raza...⁵⁴.

A menos de diez años de semejante desastre, estos llamados inflamados y falsos a la unidad de la raza latina parecían ser las únicas enseñanzas sobre tan trascendental acontecimiento consignadas en el *Manual de historia* que iba a utilizarse en todos los colegios del país por más de tres generaciones. Sin embargo, basta detenerse un poco en esta inflamada retórica para descubrir el peso de una gran culpa. Si no, ¿qué es eso de levantar «la mirada más allá de los límites de la patria, y sin desconfianzas, sin recelos, aproximar el mar a «la ciudad solitariamente docta»... y «romper el claustro colonial en que vivimos?»». En fin, ¿por qué, después del desastre, no se les ocurrió a los señores Henao y Arrubla otra cosa distinta de este hermético llamado a aproximar el mar a Bogotá, la «ciudad solitariamente docta»? ¿Acaso es pura coincidencia que el señor Caro, el gran ideólogo de la república latina de finales del siglo XIX, no se molestara nunca por conocer el mar, pese

54. Henao y Arrubla, *op. cit.*, p. 762.

a haber sido presidente por seis años seguidos, y pese a haber crecido en el único país suramericano privilegiado por la existencia de largas extensiones de costas en el mar Caribe y en el océano Pacífico? ¿Que uno de los pensadores más influyentes de la república conservadora y exministro de Educación y de Relaciones Exteriores durante los años de la negociación del canal, José Joaquín Casas, no conocía el mar, y que el presidente Marroquín, ese anciano aristócrata de las sabanas de Bogotá, que le tocó en suerte de presidente a Colombia en el exacto momento en que se perdía Panamá, no sólo no lo conociera, sino que además hubiera expresado, quizás medio en chiste y medio en serio, que aspiraba a morir sin conocerlo?⁵⁵ No en balde Justo Arosemena, el más sofisticado de los líderes panameños del siglo XIX, escribió con amargura infinita que ninguna personalidad medianamente importante del interior de la repú-

55. Charles Bergquist, *Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1910*, Durham, Duke University Press, 1978, pp. 43, 154 y 198. Caro, Casas y Marroquín fueron tres de las personalidades más destacadas de la república latina construida por los gramáticos. Los tres, de ideología profundamente conservadora, practicantes de un catolicismo ultramontano y de la defensa de la hispanidad como núcleo del proyecto cultural de la élite en el poder a finales del siglo XIX, cumplieron papeles decisivos en la construcción de una imagen patriarcal, aristocrática y andina de la república. Sobre Caro dice Guillermo Torres García, su biógrafo, que «amó tan entrañablemente a Colombia, que así como en sus escritos pueden apreciarse su alegría por nuestras glorias o su congoja ante los infortunios nacionales, en sus personales determinaciones respecto del país llegó hasta la exageración, al hacer el propósito irrevocable, que cumplió, de no salir de su tierra nativa». Entiéndase por «tierra nativa» las sabanas cundiboyacenses. Guillermo Torres García, *Miguel Antonio Caro, su personalidad política*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1956, p. 238. Además de esta interesante biografía, recomiendo la lectura de la apología de Caro, en formato de biografía, de Marco A. Díaz Guevara, *La vida de don Miguel Antonio Caro*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1984, y en especial los dos tomos de Miguel Antonio Caro, *Escritos políticos*, editados por el Instituto Caro y Cuervo, en 1990, los cuales contienen una muy buena selección de sus escritos ultramontanos publicados en el periódico *El Tradicionista*. Sobre José Joaquín Casas ver Javier Ocampo López, *José Joaquín Casas, su vida, obra y aporte a las letras, la educación y la cultura nacional*, Chiquinquirá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1992. Al parecer sólo en 1930 salió del país, con ocasión de haber sido nombrado embajador de Colombia ante el gobierno de España (en Ocampo López, p. 45). Sobre Marroquín, ver José Manuel Marroquín, *En familia. Bocetos-historia de Hierbabuena*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1985. Recomendando especialmente en el apéndice XVI de esta publicación la «Semblanza de don José Manuel Marroquín», por José Joaquín Casas, pp. 416-439. En pocos escritos se encontrará retratado de manera tan vehemente el ideal

blica aceptaba un empleo en Panamá, porque era para ellos como tener que descender al mismo infierno⁵⁶.

Ahora bien, no hubo un solo artículo escrito, ni de la historiografía de la república liberal ni de la llamada nueva historia de la izquierda, sobre la pérdida de Panamá. Simplemente como si no hubiera pasado. Y 70 años después de aquel triste 3 de noviembre, Eduardo Lemaitre, en el primer libro escrito por un colombiano sobre la separación de Panamá, concluía, con lamentable ingenuidad, que a Colombia la había beneficiado dicha mutilación, porque al menos habíamos entendido el valor de la paz⁵⁷. En fin, como si no se hubiera perdido un territorio de inmenso valor para la nación, y cien años después no estuvieran los colombianos matándose entre sí. Sobra decirlo, pese a la aparente indignación de los días posteriores al 3 de noviembre de 1903, que dicho sea de paso ni siquiera alcanzó para producir un rompimiento de las relaciones con Estados Unidos, para la élite colombiana en el poder se perdió tan sólo una frontera. Al cumplirse un centenario de la independencia de Panamá, sólo queda esperar que las otras fronteras mantengan su devoción por una nación que ha dado muy pocas muestras de quererlas. ¿Se perderán otros territorios, o seguirá siendo Panamá la última de las fronteras en separarse de Colombia para siempre?

En 1914, Estados Unidos celebró la magna empresa de la construcción del canal interoceánico como el último de los grandes triunfos de la raza anglosajona y como la conquista de una nueva frontera imperial. Los negros, mulatos, mestizos e indios que habitaban la nueva república del istmo comenzaron a padecer una nueva forma de racismo y de colonia-

hispánico de fundar en la memoria la existencia de una estirpe aristocrática, como en esta semblanza de don José Manuel, con ocasión de su muerte. Allí dice en uno de sus apartes, el apologista Casas: «No lo vio nunca (se refiere al mar de Cantabria) ni ningún otro mar, en toda su vida el señor Marroquín; y por eso y por aquel apego al terruño natal que, según la célebre redondilla — fórmula de don Ricardo Carrasquilla —, era uno de los distintivos del santafereño clásico, y que no le permitió ir más allá de la otra Santafé, la severa y linajuda ciudad de Tunja, donde es fama que le provocó seguir viviendo, llegó una vez a decir que su deseo era, «si Dios le daba vida, salud y licencia para ello, morir sin conocer el mar». *Ibid.*, p. 452.

56. Justo Arosemena, «Teoría de la nacionalidad panameña», en *Fundación de la nacionalidad panameña*, pp. 32 y 72.

57. Eduardo Lemaitre, *Panamá y su separación de Colombia*, p. 550.

lismo, y en verdad pocos beneficios reales obtuvieron de esta transformación política. Las clases altas panameñas, como ha sido costumbre en Latinoamérica, se adaptaron muy bien a las nuevas formas de sujeción y aprendieron a convivir con el poder de Estados Unidos, que les impedía el acceso libre a su propio territorio. Mientras estas cosas sucedían en Panamá, las élites políticas e intelectuales del centro andino de la vieja y culta Colombia seguían imperturbables, como si nada hubiera pasado, festejando los altos logros gramaticales de su raza latina.

EN BUSCA DEL MESTIZAJE

La cultura de Occidente alimentó por siglos, pese a sus orígenes híbridos, el mito de la superioridad de las formas clásicas, e inventó e hizo de la pureza de sus raíces la esencia misma de su discurso imperial y civilizador. Por ese camino, bastante conocido, apenas fue normal que se hubiera llegado a los extremos de la Alemania nazi, la Suráfrica del *apartheid* y el racismo institucional de Estados Unidos. En las décadas pasadas, sin embargo, científicos sociales y humanistas, adscritos a los grandes centros académicos de Occidente, junto con una noción más relativista o escéptica del progreso social, han difundido una especie de reivindicación de lo «impuro» en general y han procedido a una exaltación de las raíces «impuras». Sólo que, al mismo tiempo, las naciones desarrolladas de Europa se han convertido en campos de batalla, donde a los resultados presentes de la hibridación, tales como la migración en ascenso de turcos musulmanes a Alemania y Austria, negros y árabes a